

XXIII

La bastilla

Permitanos ahora el lector que le conduzcamos á la Bastilla, á aquella funesta mansión que los pasajeros no miraban sino temblando, y que incomodaba y atemorizaba á los vecinos, porque con frecuencia por la noche los gritos y ayes de los desgraciados á quienes daban tormento, penetraban por las paredes, atravesaban el espacio y llegaban hasta ellos inspirándoles sombríos pensamientos, tanto que la duquesa de Lesdiguières escribió un día, que si el gobierno no trataba de impedir que se oyeran los lamentos de los pacientes que no la dejaban dormir, se quejaría al rey.

Pero en la época de la conspiración española, y en el reinado de Felipe de Orleans, no se oían ya gritos y exclamaciones en la Bastilla: además, la sociedad que estaba reunida allí era muy escogida, y los presos demasiado corteses para turbar el sueño de las damas.

En un aposento de la torre del Rincón, en el primer piso, se hallaba encerrado solo un preso. El

cuarto era grande y se asemejaba á una inmensa tumba iluminada por medio de dos ventanas adornadas con exquisito lujo de barras de hierro, por las que filtraba, por decirlo así, la luz; un catre pintado, dos sillas de madera ordinaria, y una pequeña mesa negra componían todo el ajuar; las paredes estaban cubiertas de mil inscripciones singulares, que el preso se ponía á leer de vez en cuando, siempre que el fastidio con sus pesadas alas abatía sobre él su vuelo.

Sin embargo, no hacía más que un día y una noche que el preso había entrado en la Bastilla, y ya paseaba la vasta sala interrogando á las puertas claveteadas de hierro, mirando por las cerraduras, esperando, escuchando y suspirando. Aquel día, que era domingo, un sol descolorido plateaba las nubes, y el preso contemplaba con tristeza indefinible pasar á los parisienses con sus vestidos de día de fiesta por la puerta de San Antonio á lo largo del Boulevard. Era fácil observar que cada persona que pasaba miraba á la Bastilla con terror, y parecía felicitarse interiormente por no hallarse en ella. Un ruido de cerrojos y el chirrido de los mohosos goznes distrajo al preso de su sombría ocupación; éste vió entrar al hombre ante quien le habían conducido el día anterior, y que le había hecho firmar el acta de entrada. Aquel individuo, que frisaría en la edad de treinta años poco más ó menos, de figura agradable, y de afebles modales, era Mr.

Delaunay, el gobernador, padre del Delaunay que murió en 1789, y que todavía no había nacido.

El preso le conoció y creyó esta visita muy natural, porque ignoraba cuán pocas veces se hacían á los presos visitas de tal especie.

— Caballero de Chanlay, dijo el gobernador saludándole, vengo á saber si habéis pasado buena noche, y si estáis satisfecho del servicio de la casa y trato de sus empleados. Así llamaba Mr. Delaunay á los calaboceros y llaveros; ya hemos dicho que Delaunay era persona muy cortés.

— La cama es vieja y dura, continuó diciendo el gobernador; pero tal como la veis es de las mejores, pues el lujo está aquí prohibido por reglamento. Por lo demás, caballero, vuestro cuarto es el mejor de la Bastilla: le han habitado el duque de Angulema, el marqués de Bassompierre, y los mariscales de Luxemburgo y de Birón. Aquí es donde pongo yo á los príncipes cuando S. M. me hace el honor de enviármelos.

— Tienen muy buen alojamiento, aunque mal amueblado, dijo sonriéndose Gastón: ¿podré tener libros, papel y pluma?

— ¡Libros, aquí! está expresamente prohibido el que los haya, caballero; pero si tenéis muchos deseos de leer, como se pueden perdonar muchas cosas á un preso que se fastidia, me hacéis el honor de venir á verme, os ponéis en el bolsillo un tomo de alguna de las obras que tengo en mi

gabinete, le ocultáis con cuidado; en otra visita tomáis el siguiente, y el reglamento nada tiene que ver en esta pequeña sustracción que se le debe dispensar á un preso.

— ¿Y en cuanto al papel, plumas y tinta? dijo Gastón. Lo que quisiera sobre todo es escribir.

— Aquí, caballero, no se escribe sino al rey, al regente, al ministro ó á mí; pero se dibuja, y si queréis os daré lápiz y papel.

— Caballero, repuso Gastón inclinándose, ¿cómo podré pagaros tantos favores?

— Concediéndome lo que vengo á pedir, porque mi visita es interesada: vengo á suplicaros me hagáis el honor de acompañarme hoy á comer.

— ¡Caballero! en verdad me confundís. ¡Tener un rato de sociedad, y la vuestra sobre todo! No puedo expresaros cuánto agradezco tanta cortesania, y mi reconocimiento sería eterno si no fuese la muerte la única cosa que tengo delante de mí.

— ¡La muerte!... ¡qué pensamientos tan tristes abrigáis!... Cuando se goza de perfecta salud, no se piensa en la muerte. Vamos, desechad semejantes ideas y aceptad mi invitación.

— Las desecho y la acepto, caballero.

— Bien; cuento con vuestra palabra, dijo el gobernador saludando de nuevo á Gastón; y salió dejando al preso abismado en reflexiones de otro género.

En efecto, aquella política que al principio había

sorprendido agradablemente al caballero, le parecía menos franca á medida que las sombras del calabozo cubrían su espíritu de tinieblas, que disipadas por la presencia de su interlocutor, volvían á apoderarse de nuevo del preso. ¡ Sin duda semejante política no tenía más objeto que inspirarle confianza y darle ocasión para descubrirse y descubrir á sus compañeros ! Recordaba las lúgubres crónicas de la Bastilla, los lazos que se tendían á los presos, y aquella famosa sala del olvido, que nadie había visto, sin morir en ella, y de que tanto se hablaba en aquella época. Gastón se veía solo, abandonado ; sabía que el crimen que había querido cometer merecía la muerte ; sin duda porque iban á imponerle el castigo merecido le trataban con tanta consideración. Y esto ¿ no podía ser presagio de algún terrible acontecimiento ? En fin, la Bastilla ejercía su influjo y el preso se había vuelto reservado, malicioso é inquieto.

— Me creen un conspirador de provincia, se decía, y esperan que prudente en los interrogatorios, seré imprudente en mi conducta ; ignoran quiénes son mis cómplices, y esperan que proporcionándome los medios de comunicar con ellos, de escribirles ó de pronunciar sus nombres por inadvertencia, podrán sacar alguna cosa de mí. Reconozco en esto la mano de Dubois y la d'Argensón.

Después, las reflexiones melancólicas de Gastón no paraban en esto ; pensaba en sus amigos, que

privados de noticias no sabrían lo que había sido de él, ó lo que era peor, podrían perderse inducidos por falsas noticias. Luego se le representaba la infortunada Elena, sola también como él, á quien ni aun había podido presentar al duque de Olivares, su único protector de allí en adelante y que acaso estaría también preso ó habría huido. Entonces ¿ qué iba á ser de Elena, sin apoyo, sin guía, y perseguida por aquel hombre desconocido que la había buscado hasta en el centro de la Bretaña ?

Esta idea atormentó de tal suerte al caballero, que en un acceso de desesperación, se arrojó en el lecho golpeando la pared con los puños y maldiciendo la prisión y las puertas y cerrojos que le guardaban.

En aquel momento oyó en su puerta un gran estrépito : se levantó precipitadamente, y vió entrar á Mr. d'Argensón con un escribano ; detrás de estos dos personajes seguía una fuerte escolta de soldados, carceleros y hombres vestidos de negro.

Gastón conoció que iba á empezar su interrogatorio.

D'Argensón, con su enorme peluca, sus grandes ojos, y sus desmesuradas cejas negras, hizo muy poca impresión en el caballero : al entrar en la conspiración había hecho el sacrificio de su felicidad ; al entrar en la Bastilla había hecho el de su vida. Cuando un hombre abriga semejantes ideas, es difícil imponerle. D'Argensón le preguntó mil

cosas, á las cuales se negó á contestar categóricamente, respondiendo á las preguntas que se le dirigían con quejas y lamentos, suponiéndose preso injustamente y pidiendo pruebas de todo por ver si las había. D'Argensón se incomodó, y el caballero se rió en sus barbas como un estudiante. Entonces aquél habló de la conjuración de Bretaña, único cargo que le habían hecho. Escuchó Gastón como admirado de la relación de sus cómplices, sin dar la menor señal afirmativa ni de sorpresa, y cuando el magistrado concluyó, le dió gracias muy cortesmente por haberse dignado instruirle de sucesos que hasta entonces le eran desconocidos. D'Argensón empezó á perder otra vez la paciencia, y se puso á toser como tenía de costumbre cuando se encolerizaba.

Después, según lo había hecho en seguida que se le calmó el primer acceso de ira, pasó del interrogatorio á la acusación.

— Conque, ¿habéis querido matar al regente? le dijo de improviso.

— ¿Y quién os ha dicho eso? preguntó friamente Gastón.

— Nada importa quién me lo haya dicho, puesto que lo sé.

— Entonces os responderé como Agamenón á Aquiles: *Si lo sabéis, ¿por qué me lo preguntáis?*

— Caballero, os prevengo que no me chanceo, dijo d'Argensón.

— Ni yo tampoco; cito á Racine y nada más.

— Tened cuidado, caballero; podía teneros mala cuenta ese sistema de defensa.

— ¿Creéis que será mejor confesar todo lo que os plazca?

— Es inútil negar un hecho de que estoy convencido.

— Entonces, permitid que os repita en mala prosa lo que hace poco os decía en buenos versos, ¿por qué me preguntáis acerca de un proyecto del que según parece estáis mejor enterado que yo?

— Quiero saber los pormenores.

— Preguntádselos á vuestra policía, que está tan bien organizada; que lee las intenciones en lo más profundo del corazón.

— ¡Hum! ¡hum! dijo el magistrado con acento irónico, que hizo cierta impresión en el caballero á pesar del imperio que tenía sobre sí mismo. ¿Qué diríais si os pidiesen noticias de vuestro amigo la Jonquiere?

— Diría, contestó Gastón palideciendo, que espero que no se haya cometido con él el error que comigo.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó d'Argensón, que había notado el movimiento de terror del caballero; ¿parece que os ha conmovido el oír pronunciar este nombre? ¿Conocéis mucho á la Jonquiere?

— Le conozco como á un amigo á quien otros

amigos me han recomendado, y que debía enseñarme lo más notable que encierra París.

— Sí, París y sus inmediaciones; el Palacio Real, la calle del Bac, la Muette... ¿no es esto lo que más particularmente debía enseñaros?

— Todo lo saben, dijo Gastón para sí.

— Vamos, caballero, continuó d'Argensón en su tono sarcástico, ¿no sabéis algún otro verso de Racine que pueda servir de respuesta á esta pregunta?

— Puede ser que hallase alguno si supiese lo que queréis decir; verdad es que he querido ver el Palacio Real como una cosa curiosa y de que he oído hablar mucho; en la calle del Bac he estado pocas veces; en la Muette ninguna.

— No digo que hayáis estado en la Muette; digo que el capitán la Jonquiere debía llevaros á ella, ¿os atreveríais á negarlo?

— ¡Oh! á buen seguro que niegue ni confiese nada; me referiré solamente al mismo capitán; preguntádselo, y él os responderá, si quiere.

— Es inútil, caballero; se le ha preguntado y ha respondido ya.

Gastón sintió helársele la sangre en su corazón; no le quedaba duda de que había sido vendido; pero era honor suyo no decir nada, y guardó silencio.

D'Argensón esperó un momento su respuesta; después, viendo que permanecía mudo, le dijo:

— ¿Queréis que mande que se celebre un careo entre vos y el capitán la Jonquiere?

— Estoy en vuestro poder: caballero, respondió Gastón: vos haréis lo que más os convenga.

Pero el joven se proponía en el careo confundir al capitán con su desprecio.

— Muy bien, repuso d'Argensón; me conviene, puesto que como decís puedo disponer de vos, aplicaros por ahora la cuestión ordinaria y extraordinaria. ¿Sabéis, caballero, añadió marcando todas las sílabas, lo que quiere decir cuestión ordinaria y extraordinaria?

Un sudor frío inundó la frente de Gastón: no temía morir; pero el tormento era más espantoso que la muerte: pocas veces se salía bien de las manos de los verdugos, y esto no dejaba de ser cruel para un joven de veinticinco años.

D'Argensón vió como por un cristal lo que pasaba en el corazón del caballero.

— ¡Hola! gritó; y entraron dos mozos.

— Este caballero no tiene el menor reparo, según parece, en someterse á la cuestión ordinaria y extraordinaria, dijo d'Argensón; así, pues, conducidle al cuarto del tormento.

— Ha llegado la hora fatal, murmuró Gastón; la hora que yo esperaba. ¡Oh, Dios mio, dadme valor!

El Señor oyó su súplica; porque después de haber hecho con la cabeza una señal que indicaba

que estaba dispuesto, se adelantó con paso firme, precedido de los carceleros y seguido de d'Argensón.

Bajaron la escalera de piedra, y pasaron por delante del primer calabozo de la torre del Rincón; después atravesaron dos patios.

En el momento en que pasaban por el segundo, algunos presos que se hallaban á las rejas de sus encierros, viendo á un joven de tan gentil apostura y elegantemente vestido, le gritaron:

— ¡Hola! caballero, os ponen en libertad, ¿eh?

Una voz de mujer añadió:

— Caballero, si os preguntan por nosotros cuando salgáis, asegurad que nada hemos dicho.

Un joven le dijo suspirando:

— ¡Qué feliz sois, caballero, pues vais á ver á la que amáis!

— No recobro la libertad, respondió Chanlay; voy á sufrir el tormento.

Un silencio profundo sucedió á estas palabras: después la lúgubre comitiva continuó su camino; bajóse el puente levadizo, y entró Gastón en una silla de manos cerrada con llave, y con una respetable escolta le llevaron al Arsenal, separado únicamente de la Bastilla por un estrecho pasadizo.

D'Argensón se había adelantado y esperaba ya á Gastón en la sala del tormento.

El joven entró en una sala baja sin blanquear, y cuyo piso estaba despidiendo humedad por todas

partes: en las paredes se veían colgadas cadenas, argollas, cuerdas y otros instrumentos de figuras extrañas; en el centro se hallaban varios hornillos, y en los rincones había un considerable número de aspás.

— Mirad aquí, dijo d'Argensón mostrando al caballero dos anillos empotrados en la pared á seis pies de distancia uno de otro; á estos anillos se atan la cabeza y los pies del paciente; después se le pone debajo de los riñones este banquillo de tijera, para que el vientre quede más elevado que la boca; entonces se le hacen beber ocho de estas ollas llenas de agua, cuya cabida es de una azumbre cada una, si la cuestión es ordinaria, y diez si es extraordinaria. Cuando el paciente no quiere tragar el agua, se le aprieta la nariz, de suerte que no pudiendo respirar, tiene á la fuerza que abrir la boca. Esta cuestión, añadió d'Argensón, como un parlanchín que se deleitaba en hablar de todo, esta cuestión es muy desagradable, y sin embargo la preferiría yo á la de las cuñas. Por lo común ambas causan la muerte; pero las cuñas estropean y desfiguran mucho al paciente; verdad es que el agua destruye la salud para siempre cuando el paciente queda absuelto; pero esto sucede raras veces, porque en la cuestión ordinaria siempre declara cuando es culpable, y casi siempre en la extraordinaria cuando no lo es.

Gastón, pálido é inmóvil, miraba y escuchaba.

— ¿Preferís la cuña, caballero? dijo d'Argensón: ¡hola! las cuñas, traed las cuñas para enseñárselas á este caballero.

Un verdugo llevó cinco ó seis cuñas manchadas de sangre y aplanadas en su extremidad superior por los muchos martillazos que en ellas se daban.

— Mirad, dijo d'Argensón, acentuando las palabras, este tormento se da del modo siguiente: se oprimen las rodillas y tobillos del paciente entre dos tablas de madera de encina, atándolas lo más fuerte que sea posible; en seguida uno de estos mozos que veis aquí coloca una cuña entre las rodillas, y éste otro á fuerza de martillazos la obliga á entrar; luego que ha entrado una, se pone otra más gruesa, y así sucesivamente. Hay ocho para la cuestión ordinaria, y dos más para la extraordinaria: y diciendo esto, empujó con el pie dos cuñas enormes, después de lo cual añadió: Os prevengo, caballero, que estas cuñas quiebran los huesos lo mismo que si fueran de vidrio, y rasgan la carne con un dolor insoportable.

— ¡Basta, caballero, basta! exclamó Gastón, á menos que no tengáis la intención de aumentar el suplicio con su descripción misma. Pero, si me explicáis todo esto por cortesía, y porque pueda elegir lo menos malo, como vos lo entendéis mejor que yo, os suplico que escojáis el tormento que me haga morir más pronto, y os quedaré reconocido.

D'Argensón dirigió al joven una mirada en que se

traslucía el asombro que le causaba su energía.

— Vamos, le dijo, hablad; ¡qué diablo! y se os dispensará del tormento.

— Caballero, no diré nada, porque nada tengo que decir.

— No os hagáis el espartano, creedme; se grita mucho, pero entre los gritos se habla siempre un poco en el tormento.

— Haced la prueba, dijo Gastón.

El aire firme y resuelto del caballero, á pesar de la lucha de la naturaleza, lucha que se advertía en su palidez y en un ligero temblor nervioso que le agitaba, dió á conocer á d'Argensón todo el valor de su prisionero. Era en estas materias un observador profundo; muy pocas veces se engañaba; mas aunque vió que no sacaría ningún partido de Gastón, insistió todavía en hacerle hablar.

— Vamos, caballero, le dijo; todavía es tiempo, no me obliguéis á daros tormento.

— Os juro delante de Dios que nos oye, respondió Gastón, que si me ponéis en tortura, en vez de hablar retendré el aliento y me ahogaré á mi mismo si es posible; juzgad si estando resuelto á no ceder al dolor, podré verificarlo á las amenazas.

D'Argensón hizo una seña á los verdugos, los cuales se acercaron á Gastón, pero éste en lugar de abatirse pareció que recobraba dobles fuerzas con la aproximación de aquellos hombres. Tran-

quilo y sonriéndose se quitó la casaca y los vuelos de las mangas.

— ¿Será el agua? dijo el verdugo.

— Sí, le agua primero, respondió d'Argensón.

Pasaron las cuerdas por los anillos, acercaron los taburetes de tijera, y llenaron las ollas: Gastón permaneció impasible.

D'Argensón reflexionaba.

Pasados diez minutos de meditación, que parecieron un siglo al caballero dijo d'Argensón con acento de despecho: « Volvedle á la Bastilla. »

XXIV

En que se refiere la vida que se pasaba en la Bastilla mientras se estaba esperando la muerte

Gastón iba á dar gracias al jefe de la policía, pero se detuvo, porque reflexionó que hubiera sido manifestar que tenía miedo. Tomó pues su casaca y su sombrero, se abrochó los botones de las mangas, y volvió á la Bastilla por el mismo camino que había venido.

— No han querido dar tormento á un noble, decía Gastón para sí, mientras le conducían á su encierro; se contentarán con juzgarme y condenarme á muerte.

Pero al menos la amenaza del tormento tuvo una ventaja para el joven: la idea de la muerte le parecía ya natural y aun lisonjera, siempre que no fuese acompañada de los suplicios preliminares que d'Argensón se había tomado la molestia de describirle con tanta exactitud.

Luego que entró en su encierro le pareció agradable, así como una hora antes se le había figurado horrible: las más tristes sentencias escritas en las